



“Desde la perspectiva del porfirismo”

p. 123-136

Martín Quirarte

Historiografía sobre el imperio de Maximiliano

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1970

268 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 9)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/historiografia_imperio.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Fue durante el régimen porfirista cuando la historia oficial tomó sólido asiento. Hija de una innatural paz, esa historia fraguada por los adalides literarios del porfirismo, cubrió con el espeso manto de la autoridad ideas, hombres y hechos que parecían contrarios al ensalmo pacifista; y si conservó algunas figuras y pensamientos fue a guisa de adorno para sus páginas. Condenó, al mismo tiempo, todas las inquietudes —prodigio de los innumerables pesares de un pueblo— para sembrar el escepticismo cívico, la desconfianza en la comunidad, el orden de las jerarquías, el desdén a las libertades, el desprecio a lo popular.

Leyendo esa historia oficial, crecimos odiando todo lo acaecido en nuestra patria en los dos primeros tercios del siglo pasado, puesto que los historiadores del Estado sólo nos hicieron conocer los horrores de la traición y del crimen, para realzar la magia pacifista.

JOSÉ VALADÉS

¿Hasta qué grado es exacto el juicio de Valadés? Hablando de hombres que en el porfirismo se dedicaron al estudio de la historia del siglo XIX, bien podría decirse que Justo Sierra, Francisco Bulnes y Carlos Pereyra lograron sustraerse muchas veces al influjo de esa historiografía oficial tan severa, pero tan justamente condenada por Valadés.

MARTÍN QUIRARTE





DESDE LA PERSPECTIVA DEL PORFIRISMO

Al consolidarse definitivamente la República fue necesario escribir artículos y libros que tuvieran como objeto justificar la actitud de quienes habían luchado contra la intervención francesa y el imperio. Multitud de obras, fundamentalmente europeas, condenaban a quienes consideraban asesinos de Maximiliano. No es de extrañarse entonces que en defensa de México tomaran la pluma espíritus tan vehementes como Juan de Dios Arias e Hilarión Frías y Soto. El primero escribió su *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de Ejército del Norte durante la intervención. Sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*.

Sin contener sus pasiones, sin el menor sentido de la ecuanimidad y con la inquina de quien fue actor en el drama que liquidó el imperio, Juan de Dios Arias escribió una obra de interés capital, pero a la que es necesario juzgar con la mayor precaución crítica.

A su vez Hilarión Frías y Soto, escritor de inconfundible filiación liberal reaccionó con gran violencia ante la historiografía europea, cuando ésta dejándose llevar por una pasión insana mancilló a México y a los mexicanos. En la primera edición en lengua española de *Elevación y caída de Maximiliano* escrita por Émile Kératry y en *Recuerdos de México* de Samuel Basch, tocó a Frías y Soto hacer para cada una de ellas un importante estudio en que se rectifican errores de uno y otro autor.

Cabe decir que Frías y Soto en más de algún momento se sus trajó al prejuicio de la historiografía oficial. Trata a Maximiliano y a Carlota con cierta benevolencia y hay momentos en que logra un gran acierto crítico. Conocía como pocos hombres de su tiempo la historia de la intervención francesa y el imperio. Pero como señaló muy bien Alberto Hans, “su estilo enfático y pomposo no armoniza con la gravedad de la historia”. Y no es que el autor no hubiese sido capaz de escribir con parquedad y belleza, pero muy inclinado a las seducciones de la retórica para producir sensación entre las multitudes, sacrificó así muchas de las grandes cualidades de escritor que indiscutiblemente poseía.

Pero corresponderá indudablemente al periodo porfirista la publicación de la mayor cantidad de trabajos sobre el tema que estamos analizando. Don José Valadés ha señalado con admirable

penetración que la historiografía oficial tomó sólido asiento a la sombra del régimen porfirista, y que esa historia “cubrió con el espeso manto de la autoridad, ideas, hombres y hechos que parecían contrarios al ensalmo pacifista”. Dice además que “leyendo esa historia oficial crecimos, odiando todo lo acaecido en nuestra patria en los dos primeros tercios del siglo pasado, puesto que los historiadores del Estado sólo nos hicieron conocer los horrores de la traición y del crimen, para realzar la magia pacifista”.

Pero también es verdad que bajo el mismo régimen porfirista Justo Sierra, Francisco Bulnes y Carlos Pereyra se sustrajeron al influjo de esa historiografía y lograron en muchas ocasiones un gran equilibrio crítico. Además, escritores como Victoriano Salado Álvarez y Fernando Iglesias Calderón mostraron una gran independencia de criterio.

Durante el periodo porfirista se escribió profusamente sobre historia militar, tratando ante todo de exaltar la gloria de los republicanos. Pero no escasearon las obras que tuvieron por objeto destacar fundamentalmente el heroísmo de los conservadores que lucharon al lado de Maximiliano en Querétaro.

Débase insistir en la importancia de un folleto de Alberto Hans *La Guerre du Mexique selon les Mexicains*, quien nos ha hecho un excelente estudio de la historia militar. En un compacto trabajo de 66 páginas, analiza los mejores estudios que sobre la guerra de intervención han hecho los mexicanos. En esta obra campea la solidez crítica unida a un amplio conocimiento técnico del asunto. Se ha creído necesario, por las razones expuestas, traducir la obra de Hans y aparece en el apéndice del presente estudio.¹

Con un criterio marcadamente tendencioso Miguel Galindo y Galindo publicó en 1904 *La gran década nacional*. El estudioso de la historia de México no puede prescindir de la importante documentación que contiene, pero debe reaccionar contra la parcialidad notoria que campea en toda la obra, absolutamente sumisa a las necesidades de la historia oficial.

Menos vehemente en sus juicios resulta don José María Vigil

¹El folleto ha sido traducido también por Francisco González de Cosío en edición limitada de 100 ejemplares. *La guerra de México según los mexicanos*. México, Impreso en Offset Larios, 1964. Es indudable que González de Cosío, conoce como pocos la historia de la intervención y el imperio. Une a su erudición un conocimiento muy profundo de la lengua francesa y un dominio completo de la propia. No recato elogios a su excelente traducción, pero no me solidarizo con los juicios que formula en su estudio preliminar sobre Hans, en que trata al soldado y al escritor francés con una severidad injusta.

autor del tomo v de *México a través de los siglos*. Indiscutiblemente que en esta obra el escritor está al servicio de una tendencia política. Elaboró un libro para hacer la defensa del partido triunfante, pero cabe decir que en muchos momentos pudo colocarse por encima de las ofuscaciones de facción. Su buen gusto literario y su probidad personal coadyuvaron no poco para que lograra una publicación bajo muchos aspectos respetable.

Con criterio opuesto al que guiara a Vigil y a Galindo y Galindo redactó Niceto de Zamacois su obra *Historia de México, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*. Gran parte de esta publicación está destinada a los sucesos de la intervención y el imperio. Su autor, de nacionalidad española, prestó servicios como director de periódicos de filiación imperialista durante el gobierno de Maximiliano. La voluminosa y profusa obra de Zamacois constituye uno de los más ricos venenos para el conocimiento de multitud de sucesos del periodo cuya historiografía estamos analizando. Pero debe consultarse con grandes precauciones, no olvidando que su autor era además un novelista, profesión que no puede fácilmente armonizar con la condición del historiador.

Con criterio antiporfirista, pero con notable inclinación hacia los republicanos escribió Fernando Iglesias Calderón multitud de artículos periodísticos y libros. Entre sus obras se cuentan: *El egoísmo norteamericano durante la intervención francesa*, *Rectificaciones históricas*. *La traición de Maximiliano y la Capilla Propiciatoria*.

Su antiporfirismo se explica recordando que era hijo de José María Iglesias, de quien heredó no solamente sus ricos documentos y libros, sino su espíritu rectilíneo rebelde a toda dictadura y su independencia de criterio. Representa sin embargo el viejo espíritu dogmático, que escribe todavía bajo el influjo de los prejuicios que inspiraron a muchos de los defensores de la República. Sobre su padre tuvo la ventaja de escribir a cierta distancia de los sucesos, pero no lo igualó en profundidad crítica y sentido de ponderación.

Iglesias Calderón tomó la pluma en varias ocasiones para polemizar con escritores mexicanos y extranjeros. La solidez de sus juicios fue reconocida aun por historiadores europeos. Su admiración por los próceres de la Reforma y por los caudillos de la resistencia contra la intervención francesa, influyó

hasta en espíritus como el de Álvaro Obregón destinado a desempeñar un magno papel durante el periodo revolucionario.

Otro escritor de la época que también ejercería una profunda influencia sobre algunos de los líderes de la Revolución fue Agustín Rivera y San Román. Inteligencia poderosa, espíritu reflexivo, laboriosidad infatigable fueron cualidades que singularizaron al autor de *Anales Mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*.

Las Memorias para servir a la historia del Segundo Imperio de José Fernando Ramírez y los *Anales Mexicanos* de Agustín Rivera son lo único que poseemos para utilizarlos como fuente de consulta cronológicamente ordenada del periodo de la Reforma, la Intervención y el Imperio. Mas los *Anales Mexicanos* no son de ninguna manera una pura sucesión de hechos sólo ligados por un orden cronológico. Junto al dato escueto y frío viene en seguida la reflexión filosófica muy personal ciertamente, pero en todo caso a tono con el carácter de don Agustín. Era muy individualista y muy celoso de su libertad personal. Vivió encastillado en su provincianismo a pesar de tener una gran cultura y un teatro universal. Efectuó un viaje a Europa que le permitió conocer ciudades como Londres, Roma y París, pero nunca dejó de ser psicológicamente el cura de Lagos de Moreno, que era su verdadera metrópoli. Fue no obstante su calidad sacerdotal, un defensor ardiente y sincero del pensamiento liberal, y tal postura en un país como el México de entonces tenía que llevarlo a una posición heterodoxa. En su tiempo alcanzó con sus escritos una gran celebridad. Su vida y su obra multiformes están todavía esperando al historiador que sepa juzgarlas con ecuanimidad.

Cuando se emprenda un día una labor hercúlea tendiente a escribir la historia de la intervención francesa y del Segundo Imperio, con un criterio superior al que ha guiado a la mayor parte de los investigadores, sin duda alguna que no será desestimada la noble tarea de Matías Romero. Nadie como él se esforzó por acumular la mayor cantidad de materiales para el conocimiento de los hechos relacionados con el periodo histórico que es objeto de nuestra atención.

La ingenuidad con la que procedía Matías Romero, ha causado bienes y males a nuestra historia. Al no ocultar ni lo que podía ser desfavorable al gobierno de quien tenía la represen-

tación diplomática, permite explorar aun en los rincones más oscuros de nuestro acontecer histórico. Pero la abundancia de documentación constituye una desventaja y una ventaja a la vez. Es sin duda alguna el material de Romero el depósito de documentos más ricos que se haya reunido para el estudio sobre la intervención y el imperio. Pero más le hubiese agradecido la historia, si hubiera hecho una selección más rigurosa que habría facilitado la tarea del investigador. Su obra publicada es tan voluminosa como la que aún permanece inédita. Entre los libros que escribió de 1868 a 1898 deben enumerarse:

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington con el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República y el Departamento de Estado de los Estados Unidos, sobre la captura, juicio y ejecución de don Fernando Maximiliano de Habsburgo. 2 vols. (1868).

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera. 1860-1868. Colección de documentos para formar la historia de la intervención. 10 vols. (1868-1892).

Apuntes para formar un bosquejo histórico del regreso a la República por los Estados Unidos de algunos de los prisioneros mexicanos deportados a Francia. Acompañados de documentos oficiales para rectificar los apuntes del señor don Epitacio Huerta (1868). *Historia de las intrigas europeas que ocasionaron la intervención francesa en México*. Nota a Mr. Seward, el 2 de octubre de 1862 (1868).

Mexico and the United States. A study of subjects affecting their political, commercial, and social relations, made with a view to their promotion (1898).

A la obra publicada hay que agregar lo que reunió Matías Romero y que aún permanece inédito en el Archivo del Banco de México y en el Archivo de Relaciones Exteriores.² Y si se busca en algunos otros sitios, es indudable que se encontrarían más documentos e impresos reunidos por don Matías. Victoriano Salado Álvarez decía refiriéndose sólo a la *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington* “que nadie había penetrado a fondo en ese mar sin orillas”. Agregaba algo más para precisar la dificultad de quien se asoma a la lectura de tan vasta obra.

² En nuestro Archivo de Relaciones Exteriores se conserva una gran cantidad de artículos periodísticos y folletos coleccionados por Matías Romero, así como multitud de documentos de importancia capital para el estudio de la intervención francesa y el imperio.

Bulnes, Prida, Iglesias Calderón, José R. del Castillo, Genaro García se asomaron a tamaño vórtice y no le alcanzaron plan. Yo le sugerí al señor Lascuráin, en su breve ministerio, seleccionar, suprimir, abreviar la obra, y él me autorizó gustoso. El cuartelazo de 1913 me evitó caer en los abismos de la locura o del crimen, pues no a otra cosa está expuesto quien realice esa tarea, que tiene que realizarse algún día.³

¿Pero por qué no dejar al propio Salado Álvarez la tarea de dibujarnos en unas cuantas plumadas al pintoresco personaje?

Yo no le conocía (cuando estuvo en Washington ya había ocurrido lo que tanto afeaba a los americanos el general Santibáñez: habían codiciosamente guardado el cadáver y mandádonos sólo sus restos), pero recuerdo muy bien a un terrible retrato suyo que se hallaba en el despacho del embajador.

Era un cuadro de mala ejecución que representaba a un hombre de más de cincuenta años, escaso de cabello, espesas las cejas, morena la tez, torva la mirada, ensombrecida con espejuelos oscuros, flacas y nerviosas las manos, de las cuales una, la derecha, empuñaba con vigor un cartapacio que contenía de seguro algunas endiabladas notas. Y caracterizando y obscureciendo la figura, un enorme levitón negro que le daba aspecto de clérigo evangelizante.

Al verlo en aquella actitud, que parecía de mando, muchas veces me ocurrió pensar: si bajaras de ese lienzo y te pusieras frente a mí, ¿qué cosas me ordenarías? ¿Tendría que copiar las decisiones de Marshall, o *El federalista*, o el diccionario de Webster, o la Biblia en pasta, como obligaste a los infieles Massin, Godoy, Pardo y a aquel trágico Santibáñez, que “en un golpe de tos dejó la vida” a la puerta del hotel Wilson?

Alguna vez le llamé *squatter* por su austeridad; pero era algo más y algo menos. Poco tenía de campesino y mucho tenía de inquisidor; mas no al estilo de don Juan de Mañosca, sino a la manera de Christian Mather, pues costumbres, opiniones e ideas las había moldeado en la turquesa anglosajona.

Trabajaba por lo que muchos mexicanos pasados, presentes y futuros no hemos trabajado. Trabajaba por placer, por *sport*, por gusto, por necesidad, por todo, y no sólo trabajaba él, sino que hacía trabajar a cuantos estaban a sus órdenes, a cuantos querían complacerlo, a cuantos pretendían contrariarlo, a todo el mundo.

No tenían fin las anécdotas del señor Mariscal respecto a don Matías.

³Victoriano Salado Álvarez. *Memorias de Victoriano Salado Álvarez*. México, Edición y Distribución Ibero-Americana de Publicaciones, 1946, vol. I, p. 379.

Hacía copiar y traducir cuanto encontraba, sin que se contara con los medios de ahora. Ni máquinas de escribir y de calcular, ni papel carbón, ni mimeógrafo, ni electricidad aplicada a la escritura había entonces. Todo tenía que hacerse a mano, y a mano se escribieron los diez volúmenes, o sea cosa de veinte mil páginas de letra *mignon*, que forman la *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención*.

En su afán de publicidad, don Matías publicaba todo, lo útil y lo inútil, lo favorable y lo desfavorable, lo chico y lo grande. Parecen sus colecciones canciones petrarquescas, en que desempeñan papel tan importante el corazón de Laura como las chinelas de Laura.

Junto al recibo del carpintero que remendó una silla para la Legación, está una interesante entrevista con Seward; al lado de la relación de un viaje al campamento de Lincoln, minuciosos detalles de lo que el ministro había hablado con un insignificante.⁴

Debe ser objeto de una mención especial Genaro García a quien injustamente, bajo el influjo de prejuicios juveniles, ataqué alguna vez. Don Genaro escribió sobre asuntos de la Reforma, la intervención francesa y el Segundo Imperio con gran serenidad crítica. Sus refutaciones a Bulnes se caracterizaron por su ponderación y buen sentido. Pero tuvo otra virtud no menos digna de reconocimiento: la del paciente investigador que va reuniendo materiales para ponerlos alguna vez a la disposición del público. Su colección de *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México* preparada y dirigida por él y por Carlos Pereyra, es uno de los esfuerzos más notables en su género. Muchos volúmenes de esta colección están destinados a temas de la intervención francesa y del imperio.

Pero fueron indudablemente Manuel Rivera Cambas, Francisco Bulnes, Carlos Pereyra y Justo Sierra los que desde diferentes ángulos hicieron las más importantes contribuciones al estudio de la época cuya historiografía examinamos.

Rivera Cambas se distinguió por su laboriosidad. A Bulnes lo singularizó un afán de exhibicionismo, pero alternando con sus páginas humorísticas estuvieron también aquéllas en que hizo reflexiones críticas muy agudas. Y fueron finalmente, Justo Sierra y Carlos Pereyra los dos historiadores que con criterio de sociólogos, penetraron más a fondo en el análisis de los

⁴ Ob. cit., pp. 378-381.



fenómenos de la Reforma, la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano.

Se debe a don Manuel Rivera Cambas, uno de los esfuerzos más notables para revalorar la historia de la intervención francesa y del Imperio de Maximiliano.

Rivera Cambas ha sido víctima de los creadores de leyendas y mitos. La fecunda imaginación de don Artemio de Valle Arizpe, contribuyó no poco a deformar la historia de su vida y su obra. Era don Artemio un anticuario, enamorado del arte, particularmente sensible a la belleza literaria. La crónica, el relato histórico, la novela fueron para él objeto de su inspiración. En su juventud publicó un libro que se llamó *La muy noble y leal ciudad de México*. No fue precisamente una obra personal, sino una antología de los más destacados escritores que habían hablado sobre la referida metrópoli. Pero tocó a Valle Arizpe hacer la presentación de cada personaje. Y así hizo desfilas figuras tan desiguales pero tan interesantes como Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Bernardino de Sahagún, Francisco Javier Clavijero, Manuel Rivera Cambas, Alfonso Reyes, Genaro Estrada. La galería es muy extensa y el artista que había en Valle Arizpe lució la gallardía de su estilo con gracia incomparable. En sus descripciones se mezclaban los grandes errores con los aciertos. El escritor no sintió la tortura del historiógrafo siempre preocupado por el dato exacto y la fecha precisa. Don Artemio estaba muy lejos de ser un historiador. Amó la historia sintió la historia, pero sus dotes eran las de un novelista. No hubo en Valle Arizpe, el deseo de someterse a las disciplinas que exige la reconstrucción del pasado, sin embargo, es innegable que en sus publicaciones puede encontrarse el trasunto de una época. A don Artemio debemos una irreal aunque pintoresca silueta de don Manuel Rivera Cambas.

Don Manuel Rivera Cambas nació en Jalapa y estudió en México donde alcanzó el título de ingeniero. No dedicó sus actividades a esta profesión, sino que se dio al periodismo, al agresivo periodismo de combate tal y como se usa en esta tierra, por lo que rápido tuvo que poner pies en huida y dio con sus huesos en su ciudad natal. Allí vivía por adarques muriendo de hambre, y como mucho le apretó ésta no dijo no, ¡qué iba a decir!, a la propuesta de que escribiera la historia de Jalapa, pues a tanto lo había reducido su extremada pobreza que no poseía ni una triste mesa y con sus propias manos tuvo que derribar un árbol y hacerse una muy

basta, armándola con los clavos que encontró por las paredes de la destartada casa que lo cobijaba. En sobres viejos que pedía en las tiendas, y en el reverso de las cartas que él guardaba, escribió su historia de la que se agotaban por entero las abundantes tiradas de las entregas que salían semanalmente, produciéndole esto muy pingües ganancias que le endulzaron, y con razón, la fiera acritud de su humor.

[Después, en México] continuó publicando obras históricas, siempre por entregas y siempre con éxito pecuniario, y así llegó a amasar una buena fortuna el que antes estaba abundante de necesidad. En su casa, ¡oh dichoso varón!, no tenía ni un solo libro y todo el día estaba en la Biblioteca Nacional que disfrutaba como suya; pero urgido por los preciosos apremios de publicar las semanales entregas, no hacía ningunos estudios ni investigaciones especiales, pues ¿para qué perder el tiempo que para él era constante dinero, si ahí estaban al alcance de su mano los buenos libros de otras gentes que ya habían investigado y estudiado perfectamente y con gran competencia lo que a él le interesaba saber? Y así, con toda tranquilidad, como cronista real, entraba con el mayor desenfado en los bienes ajenos. Publicó *Los gobernantes de México, La historia de la intervención europea y norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo, Historia de la reforma religiosa, política y social de México. México artístico y monumental*, etcétera.

Él se daba hábiles mañas para que todos sus libros fueran extensos para que así le durasen mucho tiempo los subscriptores y, por lo mismo, le aumentaran sus provechos. Son interesantes sus obras, principalmente, por la valiosa y numerosa iconografía que contienen, pues muchas de esas láminas representan cosas que han desaparecido o, al menos, son distintas de como hoy día están.

Los artículos que van en seguida Dios sabe si son de su propia cosecha o si los arrambló de por allí, pero ellos son importantes y eso es lo que basta a nuestro propósito.⁵

¡Curiosa manera de salvar una responsabilidad! ¡Hablar de crónicas y de historia y no tratar de averiguar si las páginas que se transcriben y comentan son o no originales!

En el año de 1962, Jorge Denegre Vaught con un profundo respeto a Rivera Cambas publicó su obra monumental *Historia de la intervención norteamericana y europea en México y del Imperio de Maximiliano*, cuya edición príncipe constituía ya

⁵ Artemio de Valle Arizpe. *La muy noble y leal ciudad de México, según relatos de antaño y de hogaño*. México, Cultura, 1924, pp. 241-243.

una rareza bibliográfica. La actual edición está formada de cinco volúmenes de más de quinientas páginas cada uno, un sexto libro que aparecerá en breve contendrá un índice analítico cuidadosamente elaborado.

El público gracias al estudio del propio Denegre Vaught y a la introducción de Leonardo Pasquel Jiménez, puede juzgar los verdaderos perfiles biográficos de Rivera Cambas, tan diferentes de los rasgos novelescos de que hablara Valle Arizpe.

Aunque nacido en una época turbulenta y habiendo sido testigo presencial de muchas violencias, no hay en la obra histórica de Rivera Cambas odios de partido ni pasiones volcánicas. Para hablar de su vida hay que consentir en la sencillez. Cursó estudios elementales y preparatorios en su ciudad natal. En México obtuvo el título de ingeniero topógrafo y de minas. Aunque no hizo de su profesión un motivo de lucro, pudo lograr que le proporcionara una situación económica desahogada. A raíz de la caída de Maximiliano efectuó un viaje a Europa habiendo visitado Francia, España, Italia. A su regreso a México publica obras monumentales como la *Historia Antigua y Moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*.

En 1876 dio Rivera Cambas un nuevo derrotero a su vida. Iba a entregarse a la carrera política como periodista primero y después como diputado. Cuando fundó el periódico que llamó *El Combate* se propuso atacar al gobierno de Lerdo de Tejada, al mismo tiempo que creaba un órgano de difusión para las ideas de los revolucionarios de Tuxtepec. Creyó sinceramente en el principio de la no reelección y en las otras promesas del general Díaz. Pero cuando el caudillo triunfante siguió una línea de conducta diferente a la que se esperaba, lo atacó sin misericordia. No sólo como periodista sino como diputado mantuvo durante años una valiente oposición al gobierno de don Porfirio. El 16 de abril de 1876 declaró en el recinto parlamentario que no aceptaba que se le tratara de imponer una opinión aunque ésta proviniese “del hombre más grande y autorizado”. Al adoptar tal actitud pretendía decir que se rebelaba contra las imposiciones del primer magistrado de la nación. Un mes más tarde se lamentaba en el periódico, del mal derrotero que habían seguido los sucesos políticos.

Tal como ha quedado la obra de la revolución, es un feto abortado, ha dejado el cuerpo que amenaza continuamente la soberanía de los Estados, el senado que impide el desarrollo de la

democracia; deja en pie el instrumento para los manejos criminales del presidente de la República.⁶

Por otra parte, según Rivera Cambas, el general Díaz confundía la nación con un campamento y sus actos arbitrarios le restarían popularidad cada día. Los principios de una transformación social proclamados por el plan de Tuxtepec habían sido violados, se ultrajaba la soberanía de los Estados, se pisoteaban los derechos del pueblo, se pretendía ahogar en sangre todo grito de libertad.

Al tener conocimiento de los excesos cometidos por Mier y Terán en Veracruz, Rivera Cambas mantuvo una actitud de protesta y no le faltó el valor para hacer acusaciones contra el propio presidente de la República.

No es fingida la tranquilidad que afecta Terán; las leyes humanas nada le harán; la amistad que conserva con el que hoy dispone de la justicia, del Congreso, del ejército, lo harán quedar en el puesto que ocupa; los expedientes falsos pretenderán hacerlo aparecer tal vez un héroe...⁷

No negaba Rivera Cambas que alguna vez don Porfirio había sido objeto de sus devociones. Pero con la misma vehemencia con que lo defendió cuando creyó en él, se rebelaba contra el caudillo de Tuxtepec. Al proponerse la candidatura del general Manuel González como sucesor de Porfirio Díaz, la combatió sin descanso. Su candidato a la presidencia era el general Trinidad García de la Cadena. Mas al conocerse el triunfo del candidato oficial, dio por concluida su labor periodística y anunció la más singular de las despedidas. El 3 de octubre de 1880 aparecía el último número de *El Combate*. ¿Cómo justificaba Rivera Cambas su retirada definitiva del periodismo y de la política? Él mismo lo explica.

Después de haber batallado cinco años, es preciso que descansemos y que llevemos a la sala de armas la pluma que nos ha servido para trabajar por la regeneración de nuestra patria —por hoy tomamos cuarteles de invierno y sentamos plaza entre los inválidos—. Nuestra pluma se va a enmohecer; pero ¿qué mal menor le puede acontecer, cuando han muerto las instituciones democráticas y son una mentira las leyes y la moralidad? Cuando el falso

⁶ *El Combate*. Número 229 del 22 de mayo de 1877.

⁷ Periódico cit., número 698 del 13 de julio de 1879.



apóstol del pueblo, el hipócrita constitucionalista desaparece de la obscura política, nosotros ya no tenemos que seguir siendo el remordimiento de nadie...⁸

A partir de entonces se entregó nuestro autor a una actividad en la que ya se había iniciado. Las investigaciones históricas fueron el objeto de sus cuidados. Desde 1883 comenzó a publicar en forma de entregas la obra que intituló: *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo*; la que pudo quedar completamente terminada en 1895. Y como si esta publicación hubiera agotado todas sus fuerzas, Rivera Cambas no volvió a escribir más, a pesar de que no murió sino hasta el año de 1917.

Esta obra histórica no ha tenido hasta la fecha un comentarista que haya hecho una apreciación que corresponda a sus méritos. Rivera Cambas sin tener las cualidades críticas de un Justo Sierra, ni la profundidad sociológica de Carlos Pereyra da, sin embargo, la visión más amplia sobre los acontecimientos del Segundo Imperio. Sin desconocer los méritos del libro de Egon Caesar Conte Corti, sobre Maximiliano y Carlota, podría decirse que las dos obras se pueden complementar. El historiador germano hizo un estudio del Imperio de Maximiliano con documentación europea, desde el punto de vista europeo, pero analizando superficialmente la realidad mexicana. Rivera Cambas sin dejar de situar el fenómeno mexicano dentro de la perspectiva universal de la época que juzga, nos da una visión más exacta y completa del imperio desde el punto de vista de los sucesos que tienen lugar dentro del territorio mexicano. No poseyó nunca la poderosa documentación sobre cuestiones europeas que estuvo a la disposición de Conte Corti. Tuvo sin embargo, el supremo buen gusto de colocarse por encima de toda pasión política, sus páginas están matizadas por un patriotismo que no admite los bajos rencores. Miró la intervención y el imperio desde una distancia muy próxima a los sucesos, pero no fue obstáculo para que pudiera alcanzar un justo equilibrio en sus apreciaciones. No podría decirse que fuese un escritor original, no hizo investigaciones directas sino que recurrió al material publicado sin señalar sus fuentes de consulta, actitud que por otra parte era muy frecuente entre los historiadores de la época.

⁸ Periódico cit., número 817 del 3 de octubre de 1880.